Imagen del artista desaparecido, Lorenzo Collaut-Valera Terroba, junto a una de sus peculiares piezas escultóricas.

Adiós a un artista secreto

El escultor Lorenzo Collaut-Valera, Covatelo, autor de una obra plástica prolífica, genial e inclasificable, falleció el jueves en La Granja de San Ildefonso

Texto de **J. A. G. Municio.** Fotografías de **El Norte.**

EL pasado jueves falleció en Segovia el escultor Lorenzo Collaut-Valera, conocido en el mundo del arte como Covatelo, un artista secreto que deja una obra ingente y de gran interés, aunque fue conocida sólo por unos pocos admiradores.

Hijo y nieto de prestigiosos escultores, autores de numerosos monumentos públicos, Covatelo nació en Madrid en 1944. Durante su juventud ayudó a su progenitor en el taller, y alentó su traslado a la casa que la familia tenía en San Ildefonso, adquirida por el abuelo cuando realizó la conocida escultura de la Chata para los jardines de La Granja. En esa localidad viviría toda su vida.

La obra de Covatelo rompe con la influencia paterna desde el punto de vista ideológico y formal. La complejidad de su pensamiento hace que su arte incluya un amplio abanico de manifestaciones: esculturas, dibujos, poesías, intervenciones artísticas... no en vano a él le gustaba ser llamado «trabajador del arte».

No obstante, el grueso de su producción lo constituyen sus esculturas, de carácter surrealista, para las que utiliza todo tipo de materiales, especialmente de desecho, y que ha mostrado en varias exposiciones en Segovia. Sus piezas se agrupan en distintas series: animales, bustos, motocicletas, construcciones de figuras humanas realizadas con metralla, bodegones con objeto de desecho y un largo etcétera. En estas obras se aúnan, como señala José Antonio Abella, «aspectos turbadores o inquietantes con otros lúdicos, gozosos».

'La esfinge', de Covatelo.

Ecologismo y humor

El ecologismo formaba también parte esencial de su obra. Y el humor, como demostró en una 'cena surrealista' celebrada en el hotel Los Arcos en 1990, que ha sido descrita por los asistentes, como «una de las más curiosas de la historia del surrealismo». Covatelo ideó para la ocasión –en la que todo, incluido la cena, debía ser rojo y amarillo– unos cubiertos especiales, objetos imposibles llenos de ingenio y poesía.

La figura de Covatelo es inclasificable. Se trata de un artista de gran profundidad conceptual, tocado por el genio, prolífico e injustamente desconocido. Aunque ese desconocimiento se paliará en parte con una exposición antológica de su obra que se inaugurará próximamente en el Centro Nacional del Vidrio.

OPINIÓN

Un escultor anónimo

JOSÉ ANTONIO ABELLA

CUESTA acostumbrarse a las ausencias. Y uno vive, en el fondo, por costumbre. Tú lo sabías bien, tanto que me resulta un poco absurdo recordártelo ahora que no estás. Uno se acostumbra a ver el cielo azul y no se pregunta porqué no es verde ni violeta. Se acostumbra a respirar sin estar seguro del porcentaje de oxígeno y de luz que consume nuestro aliento. Se acostumbra a conversar con los amigos sin sorprenderse del misterio que guarda cada palabra... Y es que también nos acostumbramos a las sorpresas que se repiten en el milagro desapercibido de cada instante. El milagro del aire, por ejemplo, que siempre fue uno de tus materiales escultóricos preferidos, incluso antes de que te faltaran las fuerzas para trabajar la piedra, el hierro, la madera. Vivimos por costumbre y por costumbre respiramos, sin darnos cuenta de que entre las sorpresas del aire puede haber una escultura invisible que se nos mete en los pulmones al doblar una esquina, o una palabra muda que flotaba ante nuestras narices un segundo antes de ser absorbida por la contracción de un músculo inconsciente, o un trozo de espíritu inhalado que oxigena de pronto nuestra sangre.

Hace dos días señalaste a la ventana y me dijiste que quizá pronto estarías en una de esas nubes que pasaban ante los cristales, como si alguna vez hubieras dejado de estar en las nubes... Quienes no te hayan conocido, no saben de qué hablo. Tampoco algunos de los que te conocieron, ésos para los que tú no eras sino un tipo extravagante y un punto misántropo en tu irreductible bonhomía. Ni tan siquiera te gustaba que te llamaran artista, preferías el término de trabajador del arte. Y trabajador sí que lo fuiste, nos dejas ocho mil esculturas de las que sólo, me decías, unas cincuenta están firmadas...

La modestia de los genios

Lo importante es la obra, no el nombre que hay tras ella, ni el mercado que se esconde tras el nombre, ni la basura que se acumula en la puerta trasera de todos los mercados. Tal vez por eso decías que eras un escultor anónimo del siglo XXIII, o quizá por la modestia de algunos genios, porque no te gustaba hablar de ti, clandestino de tu siglo. En cualquier caso, tus últimos esfuerzos no se centraron en promocionar tu obra, sino en rescatar del olvido la de tu padre y la de tu abuelo, de los que nadie se acuerda al fotografiarse junto al monumento a Cervantes de la plaza de España, o entre las románticas soñadoras del monumento a Bécquer del parque de María Luisa. Acaso ellos, como tú, son también anónimos del siglo XXIII. Todos seremos anónimos un día, pero hoy, cuando todavía conservo el recuerdo de la fuerza con que me apretabas la mano hace días, necesito rescatar tu nombre para compartir con el mundo la enseñanza que más claramente me has dejado: Que el material de la escultura, más que la piedra o el hierro, más que la madera o el bronce, es esa bruma intangible que llamamos espíritu.